

El humanismo *cristiano*: un gran olvidado en los estudios marxistas actuales

Vilda Rodríguez Méndez, María del Carmen Domínguez Matos y Judith Sotomayor Gil.
Universidad de Camagüey

“Hegel, al plantear toda la visión unitaria de la realidad, se alzó como heredero moderno e historicista del Renacimiento, aún cuando no reconociera a los pensadores analizados...”

Agnes Heller.

El contenido humanista de la doctrina fundada por Carlos Marx es algo que difícilmente pueda ponerse hoy en tela de juicio. Sin embargo, tal y como advierte Isabel Monal: “La sola referencia al humanismo, sin más precisiones, no es suficiente y conduce a errores y tergiversaciones de la concepción fundada por Marx y Engels. Al humanismo de nuevo tipo de Marx hay que caracterizarlo no sólo por sus afirmaciones positivas, sino que resulta necesario el contraste y diferenciación con los que le antecedieron (...)”¹

Tampoco cabe la menor duda acerca del eje humanista que atraviesa al pensamiento cubano desde sus orígenes hasta nuestros días. De hecho, esa es una cuestión muy recurrente para los investigadores de la Isla, que reconocen sin vacilar la existencia de ideas de esa naturaleza en el pensamiento de Varela, Luz, Martí, el Che, Fidel, u otros. La tendencia, no obstante, a desestimar la definición de los referentes teóricos de partida, es un rasgo que marca de forma predominante a las investigaciones actuales en ese campo, y no propicia el interés por el tratamiento conceptual del humanismo, sino que al parecer se asume, siguiendo el criterio de autores soviéticos difundidos ampliamente en Cuba en los años ochenta del siglo pasado, que su definición es más bien intuitiva, pues el término en sí mismo no deja lugar a equívocos. Igualmente, al enfocarlo desde la dialéctica entre la historia y la lógica de esa concepción, a menudo se absolutiza su perfil artístico-literario, o científico- naturalista, su origen se reduce al contexto italiano de los siglos XV- XVI. Fruto de ese enfoque unilateral, es la omisión en los estudios actuales del pensamiento cubano, justamente de la vertiente del humanismo que mayor profundidad filosófica –particularmente en el campo de la reflexión ética- alcanzara en la época del Renacimiento, y que resulta, a la vez, muy próximo a nuestros pensadores, por su estilo y preocupaciones temáticas. Se trata del humanismo *cristiano*, con mayor acierto denominado *nórdico*, *transitaliano*, o *transalpino*,² encabezado por Erasmo de Rotterdam, y cuya figura de más alto calibre fue el español Juan Luis Vives. La presencia temprana de este humanismo en la Isla está hoy demostrada y documentada.³

La imagen parcial y deformada del humanismo renacentista, como un movimiento típicamente italiano, por una parte cultivador del arte y la literatura, y por otra, de la investigación científica de carácter radical y decididamente pagano, fue adelantada en parte por Descartes y Hegel, y definitivamente acuñada por la Ilustración Francesa y el modelo expuesto por Jakob Burckhardt en su monumental e imprescindible obra *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860). Este enfoque propone como modelo único de Renacimiento al italiano, tras lo cual, el humanismo cultivado allende los límites de la península itálica cualesquiera que fueran sus variantes, durante mucho tiempo no se ha tenido en cuenta suficientemente.

¹ Isabel Monal: “El humanismo historicista de Marx. ¿Es Marx un pensador humanista?”, en *Evento Científico: El Marxismo y la Crisis del Pensamiento Neoliberal* /28, 29 y 30 de junio- 2000/ *Memorias*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2003, p. 30.

² Ver: Enrique González González: *Joan Luis Vives, de la escolástica al humanismo*, Edición de la Generalitat Valenciana, Valencia, 1987.

³ Ver: Vilda Rodríguez Méndez: *El humanismo de Juan Luis Vives. Un enfoque desde la indagación en los orígenes del pensamiento sociofilosófico cubano*. Tesis doctoral, 2006).

Semejante visión, es lógico que influyera en la perspectiva del Marxismo acerca del humanismo renacentista, en particular la que nos ha llegado a través de los textos de Federico Engels. La Ilustración y el Racionalismo, se sabe que constituyen importantes fuentes teóricas de las que bebe el pensamiento marxista clásico del siglo XIX. En cuanto a Burkhardt, aunque se supone que Engels debió conocerlo, no lo menciona, pero alude a la expresión de Michelet adoptada por éste cuando escribe entre 1875- 76, que sólo con el Renacimiento fue descubierto el mundo en el sentido propio de la palabra.⁴

Engels habla con mucha efusividad de la grandeza de la época, del Renacimiento, y resalta los méritos tanto de los que descollaron en el estudio de las ciencias naturales, las artes, las letras, o la invención tecnológica, como de quienes llevaron a cabo acciones revolucionarias. Así, les llama héroes, “(...) que vivían plenamente los intereses de su tiempo, participaban de manera activa en la lucha práctica, se sumaban a un partido u otro y luchaban, unos con la palabra y la pluma, otros con la espada y otros con ambas a la vez”.⁵ Entre ellos menciona a los humanistas italianos Da Vinci, Maquiavelo, Copérnico, Bruno y a los alemanes Lutero y Durero.

Pero se sabe que Engels, además de un hombre de ciencia, fue ante todo un revolucionario, comprometido con la causa del proletariado de su época y defensor de la idea de que “cualquier batalla histórica, que se lleve a cabo en el terreno político, religioso, filosófico, o en cualquier otro campo ideológico, en realidad constituye sólo una forma más o menos clara de lucha de las clases sociales (...)”.⁶ Por eso le concede tanta importancia a las guerras campesinas que se desencadenan a raíz de la Reforma Protestante, y a los italianos que al dar nacimiento a las Ciencias Naturales, dan a través de ellas mártires a las hogueras de la Inquisición.⁷ Les llama héroes, porque además de eruditos fueron hombres de acción, comprometidos con su tiempo. En contraposición a éstos se refiere con desdén a “los sabios de gabinete”, de los cuales dice que “eran en el entonces una excepción; eran hombres de segunda o tercera fila o prudentes filisteos que no deseaban pillarse los dedos”.⁸

Por otra parte, está la interesante coincidencia de que el primer ensayo moderno sobre el humanista Juan Luis Vives, corre a cargo de Federico Alberto Lange, quien publica su obra en la ciudad alemana de Gotha, entre los años 1859 y 1878. De Lange, es conocida su posición socialreformista acerca de la cuestión obrera por los años en que se publica el tomo primero de *El Capital* de Carlos Marx. Sus “elogios” al texto marxista no son interpretados por Marx como una opinión sincera, lo que expresa irónicamente a su amigo y partidario Ludwig Kugelmann: “El señor Lange, hace de mí grandes elogios, pero sólo es para darse importancia”.⁹ Más tarde, en su *Crítica del Programa de Gotha* (1875), Marx, se refiere nuevamente a él, de manera despectiva como seguidor del programa lasalleano, criticado en esas páginas, a la vez que predicador de la teoría de la población de Malthus.¹⁰ Tales circunstancias, naturalmente no son favorables a que el famoso ensayo de Lange, que inscribe el nombre de Vives con letras mayúsculas en la Historia de la Pedagogía Moderna, fuese tomado en cuenta por el revolucionario Carlos Marx, que por otra parte, tampoco se distingue por ser un estudioso de esa disciplina.

El enfoque del marxismo reafirma y legitima aún más la imagen italianizante, pagana, artística y naturalista del humanismo de los siglos XV- XVI, y relega a un segundo plano, o ignora a los humanistas nórdicos: cristianos, pacifistas, y opuestos además –por su esencia violenta- a las guerras de los campesinos alemanes de esa época, de las que con tanta simpatía se expresa

⁴ Ver: Federico Engels: *Introducción a la Dialéctica de la Naturaleza*, en Carlos Marx y Federico Engels: *Obras Escogidas*, en Tres Tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1974, Tomo III, p. 40. Se le atribuyen a Burkhardt erróneamente esas palabras. Él sólo las popularizó. Werner Kaegi precisa que la frase ha sido tomada literalmente de la *Historia de Francia* de Jules Michelet. Ver: Werner Kaegi.: “Prólogo”, en Jakob Burekhardt: ob. cit., Editorial Porrúa, México, 1984, p. XIII.

⁵ Ibid, p. 41.

⁶ Federico Engels: “Prólogo a la tercera edición alemana del trabajo de Carlos Marx *El dieciocho Brumario de Louis Bonaparte*”, en Marx, Carlos: *El dieciocho Brumario de Louis Bonaparte*, Editorial Ariel, Barcelona, 1971, p. 10.

⁷ Ver: Federico Engels: *Introducción a la Dialéctica de la Naturaleza*, en ob. cit., p. 41.

⁸ Ibidem.

⁹ Carlos Marx: “Carta a Kugelmann del 27 de junio de 1870”; citado por Franz Mehring, en *Carlos Marx*, Colección Biografía, Editorial de Ciencias Sociales, 2002, p. 384.

¹⁰ Ver: Carlos Marx: *Crítica al Programa de Gotha*, en: Carlos Marx y Federico Engels, , *Obras Escogidas en Tres Tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1974, Tomo III, p. 19.

Federico Engels. Esa perspectiva es a su vez muy influyente en los análisis posteriores. Particularmente en los estudios soviéticos y en las investigaciones cubanas de los últimos cuarenta y ocho años, su peso específico ha sido determinante. Es elocuente el hecho de que en los textos más conocidos de autores cubanos, por los que se enseñaba la Historia de la Filosofía en el período precedente a 1959,¹¹ se aprecia una tendencia diferente, -aunque muy incipiente- de definición y rastreo del humanismo renacentista más allá de la península itálica. En los textos fundamentales destinados actualmente para ese uso en las universidades cubanas, la referencia al humanismo italiano de manera exclusiva, es unánime.

Ese déficit, que como hemos adelantado, se aprecia en las investigaciones actuales sobre los orígenes del pensamiento cubano, trasciende igualmente a los estudios del pensamiento contemporáneo de raíz cristiana. Aún cuando sus ejes temáticos entroncan con el marxismo y se reconocen algunas de las aportaciones medulares de éste, la tradición de pensamiento que hasta aquí se ha legitimado y entronizado no favorece la apertura hacia la búsqueda de nuevas fuentes y vertientes que el marxismo clásico no reconoció. Tal es el caso del pensamiento del teólogo cubano Dr. Sergio Arce Martínez, tan prolífico como escasamente estudiado.

La diversidad de autores que influyen en la obra de Arce tiene en común el tratamiento a la cuestión del hombre y al proceso de enajenación a que está sujeto en las condiciones del capitalismo, incluyendo unos de sus momentos más alienantes, el nazismo. La doctrina de Arce no puede situarse al margen de todo el quehacer intelectual cubano y latinoamericano. Por ello todo el proceso que sigue nos muestra un pensador conocido y comprometido con su nueva realidad política, para hacer una Teología de y para el pueblo. Este intelectual es por consiguiente heredero de la tradición de pensamiento cubano, que a su vez, recibe el legado del humanismo cristiano del Renacimiento.

En el desarrollo de la obra de Sergio Arce se van concretando cuestiones tales como la definición acerca del hombre en una concepción antropológica que incorpora algunas ideas del marxismo, como la comprensión de la historia y la sociedad. En estos textos hay una gran preocupación por la relación entre lo que considera de gran importancia para el contexto cubano y latinoamericano y es la solución que pueda brindar Cuba al encuentro del “Marxismo–aparentemente ateo– y el cristianismo –aparentemente creyente”.

Esta convergencia se sitúa en tres factores de carácter histórico, que se expresan en cuestiones tales como que el marxismo surge como parte de la cultura occidental que no puede soslayar el hebraísmo bíblico como presupuesto; que Marx al elaborar su teoría filosófica en el contexto de una de las expresiones “más teológicas de la filosofía idealista, el hegelianismo “, y por tanto pasa por el prisma de esa producción, que aunque queda superada, deja su huella en el pensamiento de Marx; y que la doctrina de Carlos Marx, sobre todo en el pensamiento antropológico y en el análisis socio – económico, ha influido en la formación de la Teología Contemporánea. En ellos se revela la historicidad del proceso de formación y concreción del problema del hombre a través del pensamiento teológico y filosófico; quedando resuelto el mismo en lo que Arce denomina la recuperación del concepto *antropológico*, por parte de la Teología Protestante Contemporánea.

El Dr. Arce señala algunas causas históricas de la pérdida de este concepto. La primera de ellas está dada en que el pensamiento griego clásico, sobre todo en su período helenístico, que propició la aculturación de verdades evangélicas, eliminando así la tradición historicista y dinámica de las categorías del hebraísmo bíblico. Esto lleva a que asuma la concepción del hombre que brinda Marx, esto es, considerarlo como un ser social. El nexo respecto a la teoría marxista lo anuncia Arce a partir de su comprensión e interpretación de los textos bíblicos. Así encontramos que al definir la Fe, reconoce su condicionamiento y existencia material, con lo cual lo asume como un valor objetivo el mundo circulante. Aquí aparece un elemento que caracterizará la Teología que este cubano va elaborando y que tiene como centro el análisis y comprensión de la fe desde una posición materialista, en tanto cada individuo es libre de elegir o

¹¹ Ver: Raúl Roa García.: *Historia de las doctrinas sociales (I)*, Imprenta de la Universidad de La Habana, La Habana, 1949; Medardo Vitier.: *Las ideas y la Filosofía en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970; Humberto Piñera Llera.: *Introducción a la Historia de la Filosofía*, Cultural, S.A., La Habana, 1954.

adscribirse a la misma, siempre y cuando esta se despoje de todo misticismo idealista. De esta manera no es posible identificar toda fe con el idealismo filosófico ni todos los términos o cuestiones de la religión con la metafísica, el individualismo o el dogmatismo y mucho menos con el capitalismo, la contrarrevolución y el anti historicismo.

Igualmente nos orienta hacia la cuestión de la lectura e interpretación de la Biblia, para fundamentar el carácter antropocéntrico del cristianismo, tomando como fuente el sentido de las escrituras. Así el hombre se sitúa en su relación con el mundo, con “su mundo”, por tanto, el Dios bíblico es el “Dios de la Criatura, es el Dios del hombre, por el hombre y en el hombre”. Por eso no es posible hablar de Dios como causa absoluta, alejado del hombre y de la realidad del sujeto, sino integrado a él. En esta misma línea el teólogo cubano define la relación entre hombre – libertad- espiritualidad. Así el espíritu es saberse sobreponer a la naturaleza biológica y a su ambiente natural. De esta manera se declara que “la libertad del hombre sobre los dictados de la naturaleza es la esencia misma de su “espiritualidad”, de su “trascendencia”, de su ser hombre. Este señorío sobre sí mismo es lo que constituye la “espiritualidad humana”.

A su vez, enfatiza en tres criterios que conforman su noción del hombre: el hombre es un trabajador, el hombre es un producto de la naturaleza, el hombre es un ser social. A través de estos momentos se demuestra el carácter transformador del sujeto en tanto él se hace en su propia acción histórica, como ser que auto realiza su propia esencialidad, capaz de hacer su propia historia. El Dr. Arce reconoce esta idea y se considera seguidor de esta metodología propuesta por el marxismo al aceptar e incorporar a su noción del sujeto, como un ser social, que se socializa en las relaciones que despliega. Así encontramos que en sus conclusiones sobre el tema se afirma que el hombre bíblico es una unidad sico- socio – somática.

Al unificar lo psíquico, lo corporal y lo social; se enfatiza en una nueva comprensión del hombre desde la Iglesia, por lo que puede ser considerado como un saldo positivo. Por tanto el hombre sólo se realiza en el proceso de creación de su segunda naturaleza y esto a su vez se concreta en el concepto de *hombre* como totalidad objetiva.

La radicalización del proceso revolucionario cubano, polariza las posiciones de los cristianos en la isla. El análisis lo revela el teólogo cuando incorpora otra cuestión que aborda en su ensayo, a saber, uno de los aspectos que ha dañado el diálogo entre marxistas y cristianos en la postura y actitud que muestran muchos representantes del marxismo frente a la religión y los creyentes. Esto se expresa en un “dogmatismo anti teológico y antirreligioso” fomentado por una lectura esquemática y ahistórica de la teoría marxista. El Dr. Arce hace mención a que muchos de los que se consideran marxistas han establecido el mito de su superioridad intelectual, revolucionaria y hasta moral; por el solo hecho de negar a veces por repetición y no por convicción la existencia de Dios. Esta idea vuelve a reiterar el planteamiento de que no es el problema filosófico lo que prima en el diálogo con el sujeto religioso.

Esto es importante porque la cuestión sobre la polémica con respecto a Dios no debe centrarse en si Dios existe o no, sino en que se entiende o se asume por Dios. Para los cristianos existe un Dios del egoísmo, el individualismo y el dogmatismo o el Dios del amor, de los pobres, de la justicia y del progreso revolucionario. El problema de Dios es una cuestión ética. El Dios al que se refiere el cubano es una opción existencial que afecta los valores morales y espirituales de la persona. La cuestión de la eticidad que lleva implícito el pensamiento universal, en particular el marxismo, es la base de uno de los rasgos que caracterizan y definen el pensamiento latinoamericano y es el referido a la búsqueda de una ética liberadora que se sustenta en el proyecto desalienador del hombre americano.

Al marxismo originario no le es extraña la tradición humanista, por eso el pensamiento latinoamericano puede imbricarse de forma natural en esta herencia cultural, como parte de la universalidad que se aprehende por parte de nuestros pueblos. Esta fusión adquiere rasgos peculiares en el caso de Cuba y Arce se inscribe en esta tendencia y esto le permite asimilar lo más revolucionario de la cultura nacional y universal.

Tiene el mérito de haber señalado las deficiencias y las limitaciones del “marxismo” y de los “marxistas” respecto a la relación con grupos y sectores religiosos que buscaron en la Revolución su espacio de realización y compromiso político. No merece ciertamente, el injusto *olvido* al que junto a los humanistas cristianos del Renacimiento se le ha relegado. Tampoco la teoría marxista puede permitírselo ya, en un siglo que convoca a repensar los cánones del presente, aunque éstos al parecer, hayan resistido la prueba del tiempo. Esto se revela hoy, más que como un problema teórico, como una necesidad práctica.